

Psicología

LA CRISTOLOGIA ESTETICA DEL PADRE ALBERTO DE CAS- TRO, S. J.

CRISTO EL BIOTIPO, EL ARTISTA Y EL GENIO

Nota de la Redacción.- El R. P. Alberto de Castro, jesuita cubano, que ha conmovido a la ciudad de Caracas con sus exquisitas charlas por televisión, ha pronunciado en el Colegio San Ignacio un ciclo de conferencias de Cristología estética, dedicadas al R. P. Luis M^a Arrizabalaga S. J., en sus bodas de oro de religión.

Aunque resulta intraducible en una síntesis el gesto, la dicción precisa y elegante del ilustre orador, aventuramos este resumen para perpetuar el recuerdo de su delicado estudio sobre el carácter de Jesucristo.

EL BIOTIPO.- Comienza el Padre de Castro su exposición cristológica con un exordio de gran efecto: la página del Martirologio Romano correspondiente al 25 de diciembre, donde la Iglesia canta el pregón del nacimiento de Cristo, relacionándolo con las fechas cumbres de la historia antigua: la creación del universo, la coronación del rey David, las Semanas de Daniel, las Olimpíadas, la fundación de Roma, el Imperio de Octaviano Augusto.

Cristo es Dios valientemente incorporado a la humanidad. Por eso no previene para sí un árbol genealógico incontaminado, sino que acepta la sangre de los hombres tal como es: en su ascendencia humana hay gloria y mi-

seria, junto a la santidad figura el homicidio y, al lado del nombre sin tacha de María, se escribe el de Tamar, Rahab y Betsabé.

Pero, ¿cómo plasmó la pobre raza humana al Genio que apagó todos los genios de la historia, al Santo ante cuya presencia se extasiaron los ángeles?

Scheler se pregunta, en nombre de la biología moderna, si el hombre como organización biológica tiene todavía un futuro, o está ya orgánicamente terminado. A esta inquietud responde el Padre de Castro que ya apareció, hace veinte siglos, el tipo imperial de la humanidad, el organismo admirablemente construido y perfecto en toda su composición.

Jesucristo es el Biotipo de la especie humana.

¿De qué criterio nos valdremos para demostrarlo? No de los textos de la Escritura profética que se refieren alegóricamente a la excelencia moral del Mesías; ni de los retratos literarios atribuidos a los contemporáneos de Jesús, cuyo carácter apócrifo está demostrado; ni de la adivinación de los artistas, obedientes a prejuicios de escuela o a gustos raciales; ni siquiera de la célebre "Sidon" de Turín, a través de cuyo negativo, por más que actúe la química, jamás podrá revelarse un documento de positiva comprobación histórica.

Hemos de valernos de la única fuente seria y decisiva, el propio texto de los Evangelios. Si aparentemente no se dice en ellos cosa alguna con relación a la calidad fisonómica de Cristo, ¿por qué no someterlos, con métodos más perfectos, a una nueva investigación?

En el ser humano hay que distinguir dos clases de belleza. Una de tipo estatuario y otra, más objetiva, de carácter puramente orgánico. Es ésta la única que vale universalmente en razón de interés humano, pues no está sometida a cánones establecidos por las escuelas de arte. El Evangelio no describe la estatua de carne de Jesús; pero proporciona en cambio todos los datos para que podamos reconstruir la extensión de sus perfecciones orgánicas: la resistencia y flexibilidad de su cuerpo, el ritmo de sus movimientos, la riqueza de sus actitudes y gestos, el expresionismo de sus ojos, el poder de su voz, el juego de sus manos.

Un análisis filológico de los verbos griegos que denuncian movimientos del cuerpo, o el carácter específico de cada

una de las miradas de Jesús, da por resultado que el Redentor poseía un organismo capaz de realizar con rapidez, soltura, ritmo perfecto, elegancia y variedad los movimientos más difíciles, unos pies capaces de dominar los accidentes todos del paisaje, unas manos llenas de increíble habilidad y, sobre todo, unos ojos poderosos para medir la creación entera a través de siete expresiones fundamentalmente distintas: advertencia, observación, fijeza, circunvisión, perspectiva, elevación y mirada compleja o visión nublada por el llanto.

Y como complementos y corona de su organismo perfecto poseyó Cristo las tres actitudes supremas de la belleza varonil: el dominio constante de la situación, la soberana majestad del gesto, frente a los elementos como ante los mismos hombres, y la elocuencia de la palabra, la más grandiosa novedad de Cristo, que se hizo, de Verbo de Dios, verbo de hombre.

EL ARTISTA.- Del Gran Teatro del Mundo, de Calderón, toma el disertante los elementos para una introducción del tema donde aparece ya, en vigorosa forma plástica, todo el plan del discurso. La concepción calderoniana es la de una historia constantemente vigilada por la divina Providencia. Pero lo que dignifica el drama humano es el descendimiento del divino Autor, desde su globo de luz inaccesible, hasta las tablas donde se agita la comedia de sus personajes para entrar a representar junto a ellos el papel del protagonista. Tal es el caso de Cristo, Dios con angustia de hombre, Providencia divina con historia humana.

Tras este exordio el Padre de Castro desentraña con rigor de escuela el concepto de los dos binomios básicos que al final ha de resolver en una sola fórmula. Son ellos: lo histórico y lo eterno; el artista y la obra de arte.

La historia es el desfile del tiempo por las avenidas del espacio. Luego Dios, inespacial y eterno, cae fuera de la historia. Arte es la belleza intuitiva plasmada en obra. Pero la intuición artística no es de orden material, sino espiritual intelectual, y el tesoro de la obra de arte reside en su valor representativo de las cualidades de la idea. Entonces tenemos que Cristo es el genuino artista de la historia. Como Dios, como hombre, como hombre-Dios.

Como Dios intuye con numen propio el cuadro total de la historia. Como

hombre la protagoniza. Como hombre-Dios él mismo es la obra viva de arte: el milagro que plasma un acuerdo perfecto entre la intuición del Dios y la realización del hombre.

Para ilustrar este esquema el orador recurre a las comparaciones que de paso son un elemento de variedad y brillantez en su discurso: se perfila la postura del Dios eterno en el centro de una circunferencia; y es dramatizado el instante en que Miguel Angel concibe los frescos de las bóvedas de la Capilla Sixtina del Vaticano y el gran Juicio Final. Cristo no abarca con su existencia humana todo el teatro de la historia, ni equivale cuantitativamente al universo, pero es su explicación y su síntesis, su semilla y su corona.

En su segunda parte, que es puramente ornamental con relación al edificio ideológico construido en la primera, el orador se refirió a Cristo como nuevo canon de belleza informando todo el arte cristiano de occidente.

A diferencia de lo que sucede en el arte clásico, donde la vida estética sólo advierte la belleza sensible, en el humanismo que inaugura Cristo la belleza sensible no es más que un trisunto encendido de la belleza supra-sensible, espiritual e incorpórea. Por eso Cristo da unidad de inspiración a las escuelas más encontradas de Europa: desde los Cristos medievales, tallados sin sabiduría, pero con una comprensión exquisita de la fisiología del dolor, hasta los Cristos titánicos de Salvador Dalí, pasando por los Cristos anatómicos de Martínez Montañés, los Cristos extraplanetarios del Greco y los dulces Cristos de Velázquez. La perspectiva de estas concepciones es muy diversa; pero, como acontece con los ángulos adyacentes, todas ellas concurren en un solo punto común de inspiración: Cristo, canonización sublime del desnudo y lección infalible de arte, que rompe la maravilla del cuerpo para que por las rosas abiertas de sus heridas se vierta sobre el mundo todo el perfume de la espiritualidad del alma.

EL GENIO.- El Padre de Castro inicia el tema afirmando que es más fácil probar la divinidad de Jesucristo que su humanidad. Recuerda a este propósito que si bien es verdad que el racionalismo moderno se ha negado a reconocer su carácter divino, no es menos cierto que en la antigüedad hubo herejes (doketas y ebionistas) que no

querían admitir su generación humana, reduciendo a Cristo a una envoltura puramente aparenial con que se revistiera el Dios eterno para visitar a los hombres.

Pero Cristo no es ni un dios disfrazado de hombre ni un hombre disfrazado de Dios. Es una sola persona divina participante de entrambas naturalezas, la de Dios y la del hombre. Juan el teólogo y Lucas el médico han entretejido esa malla de irrompible contextura que es el complejo humano y divino del Héroe del Evangelio.

El orador agrupa en dos clases los argumentantes de la divinidad de Cristo: apodícticos y estetas. Entre estos últimos hace campear al dominico Enrique de Lacordaire, a cuya prueba ponen los escolásticos fuertes aduanas, sin caer en la cuenta del valor cultural de época que tuvo el razonamiento del gran tribuno de Notre-Dame.

El jesuita cubano opina sin embargo, que tanto los estetas como los apodícticos se han ceñido a procedimientos puramente metodológicos, con lo cual la prueba de la divinidad del Mesías gana en claridad de escuela, pero pierde vigor humano. Opina que en épocas como la nuestra, de cultura intuitiva y categorías existenciales, la prueba más convincente será aquella que realice, no la apología, sino el inventario completo del carácter de Cristo, porque del análisis de sus riquezas resultará necesariamente su valor divino.

Cristo no es un destello de genio, es la multitud arrabatada de todos los destellos geniales en el más soberano equilibrio de las pasiones. La connotación más característica del genio humano es el desequilibrio heroico. Cristo, el genio moral, que ha impulsado en creciente veinte siglos de civilización, era equilibrado. Pero con dos peculiaridades: primera, que supo abrochar en estilo personal y convertir en conducta inatacable todas las antinomias del corazón humano; y segunda, que desde cualquier ángulo de consideración que se le examine, resulta inclasificable. Si la naturaleza circundante, irracional e inconsciente, reclama la preexistencia de una potencia creadora, organizadora y mantenedora; la naturaleza central y circundada, la racional y consciente, elevada a su máxima perfección en Cristo, exige la coexistencia, la indefectible compañía de esa divina potencia. En resumen: la contemplación de la existencia histórica de Cristo, reconocida ya en todos los bandos a través de la última crítica, es el mejor espectáculo de su divinidad.

En el final de su discurso el Padre de Castro realiza un sutil análisis psicológico del carácter de Cristo como Líder enamorado de la humanidad y advierte en su mensaje eucarístico, todo el complejo de su carácter mesiánico. Su muerte en la cruz, donde Cristo es trigo al viento y viña estrujada, expresa plásticamente la obra redentora y sacramental del Rey del Amor.

